

DESGRACIA Y AMOR.

ARTICULO 1.º — LA CABAÑA.

En una de las hermosas mañanas de la primavera, cuando la naturaleza reanimada con el templado calor del Sol naciente, nos convida á admirar sus encantos; cuando las olas del mar, apenas movidas por el ligero soplo de la brisa suave, dejan solo percibir un dulce murmullo, con el que parece dan gracias al Criador y escitan á las demas criaturas á que imiten su egemplo; en una de esas mañanas, en que un alma, llena de pesares, busca y encuentra un agradable desahogo en la soledad y en la contemplacion, paseaba triste y pensativo un jóven guerrero por los alrededores de la ciudad de Almería, y abismado en sus reflexiones, se alejaba de ella sin advertirlo, y sin direccion determinada.

Tal era el estado de su corazon, que ni alcanzaba á sacarle de su abatimiento la belleza de las creaciones, que se presentaban ante su vista, ni á refrescar su imaginacion el puro ambiente que respiraba.

Caminando con paso lento y dudoso, y buscando como por instinto los parages mas solitarios, se internaba por uno de los cortados de la prócsima sierra, cuando de repente hiere sus oidos el sonido melodioso de un laúd, y á poco una voz dulce y melancólica entona la siguiente cancion.

Dorado Sol, que vienes del Oriente
A dar la vida al mundo,
Socorre al moribundo,
Que de tanto sentir, dolor no siente.

Yo te adoro al nacer el claro dia;
Te adoro entusiasmada:
Mírame desgraciada
Y templa al menos la desgracia mia.

Tú, que desde las célicas regiones
Mis quejas escuchaste,
Y nunca me negaste,
Cual padre tierno, tus preciosos dones.

Desfiende mi virtud desde tu altura:

No pèrmitas, te ruego,

Que tu radiante fuego

Alumbre al nuevo arder su sepultura.

Porque él es para mí mas que la vida;

Y por salvarle diera,

Mil vidas que tuviera;

No una sola, que miro ya perdida.

¡Compasion, astro hermoso, compasion!

Harto apuré la angustia el corazon.

Los tristes écos de aquella música deliciosa penetran en el ánimo del jóven guerrero, y aumentan su sensibilidad: una lágrima de fuego asoma á sus ojos, y volviéndolos al cielo, esclama con acento conmovido: «gracias, Dios mio, gracias: me habeis mostrado, en el instante mas preciso, que hay otros séres mas desgraciados que yó.»

En efecto: ¿de quién podia ser aquella voz tan penetrante sino de alguna criatura desdichada? ¿Quién pudiera expresar tan delicados conceptos con todo el fuego del entusiasmo y de la inspiracion; quién pulsar su laúd en el desierto sino un alma, perseguida por la adversidad de la suerte, y nacida para habitar en lugares muy distintos? No era aquel el canto amoroso y festivo de una simple pastora: no eran las quejas de la inocente aldeana; y sin embargo, la vista no alcanzaba á descubrir sino una cabaña humilde, formada de toscas piedras y cubierta con troncos de árboles y secos arbustos.

Inmediato á la puerta se miraba un pequeño asiento, guarnecido de conchas de diferentes colores y tamaños, y sobre él un tiestecito de flores, delicia sin duda de la misma que hacía oír sus armoniosos cantos en aquella soledad. ¿Quién es pues el ente misterioso, que huyendo del mundo, ha venido á ocultarse entre las breñas, y para consolarse en ellas de sus pade-